

# Acerca de ciencia y religión

—• Por Alberto García Fumero •—



El artículo “Ciencia y religión, sigue el debate”, de Quirilio Matos Batista, SOA, publicado en el número anterior de esta revista, me dejó con sentimientos encontrados. Si bien en él se esclarecen puntos de vista y posiciones necesarias para un análisis serio de las relaciones normales entre la ciencia y la religión, no creo que se hayan tocado otras cuestiones, en mi opinión más medulares.

Ciertamente, la talla y la habilidad mediática de los opuestos a las religiones en un debate tan innecesario como furibundo pueden ser impresionantes. Pero ello no es definitorio. Parafraseando al P. William O’Malley, no osaría decir que soy más inteligente que Sagan o Dawkins. Pero sí de mente más abierta.

Contraponer ciencia y religión es tan ingenuo como querer enfrentar el día y la noche. Si insisto en ver la noche solo como tinieblas, no hallaré el reposo a las fatigas del día. Tampoco seré capaz de disfrutar la visión de las estrellas, que nos recuerdan (Salmo 8) quién y para qué nos hizo.

El Carlos J. Finlay que dirigía el rezo del rosario en familia, o el Luis Pasteur que no faltaba a la misa dominical, encontrarían sumamente chocante la idea de que aceptar una implica negar la otra.

Todo con medida.

El horizonte de la ciencia son los datos. Cuando empezamos a debatir cosas que están en los límites de la ciencia, conviene no olvidar que nos movemos en terreno pantanoso. En consecuencia la recta conducta en las ciencias es más o menos esta: si sobre algo no tenemos datos, de ese algo no podemos opinar. Lo considero como no demostrado, y dejo abierta la

posibilidad de que quizás lo sea en el futuro. O no. Y punto. Con ello no puedo contar; construyo mis teorías sin basarme en ese algo. Pero algunos van más allá: si de algo no tenemos datos, ese algo no existe. Según ese razonamiento, en la Edad Media no existió la radiactividad (nadie podía concebirla, ni tampoco medirla) ni las ondas hertzianas, ni la radiación cósmica, ni los *quarks*.

En relación con la demostrabilidad o indemostrabilidad de la existencia de Dios, una reflexión más profunda complica aún más el análisis, como constataremos un poco más adelante. Veamos el llamado principio de la razón suficiente: este principio nos asevera que todo lo que ocurre tiene una razón suficiente para ser así como es y no de otra manera. O sea, siempre habrá una explicación suficiente. ¿Debe ser visto esto como un axioma? Ahora bien, los axiomas no tienen justificación dentro de un sistema dado, no los sometemos a prueba sino que se aceptan sin más, los damos por probados.

Continuando con el principio de la razón suficiente, aceptamos que la posible incomprendibilidad o indemostrabilidad de algo pueda estar dada por un insuficiente conocimiento del asunto. Un análisis infinitamente exhaustivo debería llevar a encontrar las explicaciones, solo que no podemos lograrlo en la práctica.

Pues bien, nos dicen que el principio de la razón suficiente ha sido refutado en física, en una cuestión relativa a la mecánica cuántica. Y el teorema de Gödel demuestra que existen afirmaciones verdaderas en matemáticas que no se pueden demostrar. Si admito entonces, al menos en principio, que existen verdades

que no se pueden demostrar, ¿qué me impide pensar que la existencia de Dios sea una de ellas? Esto es solo una idea, que nos enseña cuán cuidadosos debemos ser al querer basar todo únicamente en lo demostrado.

Por otra parte, en ocasiones se olvida el detalle de que, al menos en el mundo occidental, creer o no en un Dios, o en varios, es una decisión personal. Nadie está obligado a creer o a no creer. Tampoco Dios obliga; en la visión cristiana, Dios respeta tanto al ser humano que le ha dado la libertad de aceptarlo o negarlo.

Uno acepta una religión si entiende que le da respuesta a las preguntas básicas sobre el sentido de la vida y le presenta un código de conducta acorde. Si los argumentos que se le someten a consideración no le resultan convincentes, pues se abstiene de creer. Y el mundo no se acaba por ello. El origen del universo y del origen de la vida en él constituye otro terreno donde muchas veces no hay diálogo ni discusión, sino sencillamente batallas campales. Independientemente de la opinión que se defienda, conviene tener la cabeza clara.

Los astrofísicos nos hablan del “Big Bang”, y es sumamente tentador relacionarlo con el Génesis 1,1. Ahora bien, lo que declara Gn 1,1 con el verbo “bará”, que solo se utiliza refiriéndose a Dios, es creación donde no había nada; implica dependencia total. Un “Big Bang” que plantea que toda la materia estaba concentrada en un solo punto adimensional implica que existía *algo* ya de antes. No es esto en lo que creemos; el dios cristiano no es un demiurgo. Llegados a este punto, convengamos en que lo que enseña la Biblia en Gn 1,1 es que el universo fue creado por Dios; el *cómo* ya es otra cuestión.

Por otra parte, la teoría presenta varias dificultades. Ni se intenta explicar por qué razón toda la materia del universo habría de concentrarse en un punto (¿de dónde habría salido esa materia?) ni tampoco se puede hablar de un *antes*, si se declara que en ese punto no había tiempo, ni espacio, ni leyes físicas (no había nada que las sustentase). ¿Acaso hubo un

tiempo antes de no existir el tiempo?

Tampoco es admisible en física decir que hubo espacio o tiempo previos a la aparición de la materia, pues son atributos de ella. Y si se dice que la materia ni se crea ni se destruye, solamente se transforma, se habla de lo que hasta ahora hemos constatado de forma experimental; sería difícil razonar cómo sería eso en una situación extrema como la del Big Bang.

También se nos sugiere que el universo pudiera haber pasado anteriormente por otros episodios de Big Bang, de forma cíclica. Independientemente de que, como ya mencionamos, es difícil admitir que haya existido un tiempo antes del tiempo, y por tanto sería bastante espinoso aceptar que tal situación se haya dado varias veces santo Tomás nos recuerda que creer que el universo ha tenido un único principio es cuestión de fe, pues no puede ser demostrado ni refutado. Como tantas cosas que aceptamos por fe; como hizo Pedro cuando, fiado en la Palabra de su Maestro, echó la red (Lucas 5,5).

Lo que menos esperaríamos que le gustara a la ciencia es la palabra casualidad. La ciencia no busca explicar nada con casualidades. No funciona así. Y, sin embargo, cuando se enumera la sucesión de casualidades a la cuales nos dicen que se debe la aparición de la vida, no puedo evitar pensar que tantas casualidades juntas, relatadas en un caso en un tribunal, arrancarían cuando menos una sonrisa del juez más benévolo.

Y aún así, nos dicen que creer en un Dios exige demasiada fe.

Mis años como profesor de ciencias me han hecho entender que necesitamos más humildad en cómo usamos nuestra ciencia. Algunas de las más populares teorías científicas son aún solo teorías, y no debemos perder de vista eso. Tal vez sean un error garrafal. En otros momentos hemos dado por ciertas en ciencia cosas que han resultado ser solemnes tonterías. ¿Acaso hemos olvidado la lección que nos dio la en su tiempo popularísima teoría del flogisto? ¿o el *horror vacuis*? Mañana pueden ser borradas por nue-

vas teorías, que quizás defiendan el punto de vista contrario con el mismo entusiasmo e intransigencia.

Por otra parte, tampoco es tarea de la teología explicar la refracción de la luz o por qué estallan las supernovas. Además, puesto que existimos en este mundo y no en alguna abstracción filosófica, podemos encontrar en la vida cuestiones dolorosas, cuya razón quizás nunca comprenderemos, al menos durante nuestra existencia terrenal. Si tomamos en serio la idea de que este universo fue creado por Dios, debemos estar dispuestos a aceptar que no seremos capaces de comprender todo lo que haga. Es demasiado grande la diferencia. Un bebé de meses gritando de dolor por una inyección jamás comprenderá que se trata de una vacuna, y solo atinará a apretarse contra la madre. Quizás sea el caso de tanto dolor en

este mundo. No tiene sentido exigir siempre que la religión sea capaz de explicarlo todo.

Solo alguien con una motivación que no tiene que ver en absoluto con el amor a la ciencia exige que si no puede hacerlo, o la explicación es hallada no convincente (porque se nos exige esa misma dosis de fe que nos exige la ciencia en muchas ocasiones) entonces esa religión sea vista como puro opio. Pero a nadie en su sano juicio le vendría a la cabeza la idea de exigir una certeza absoluta a la ciencia. ¿Entonces?

Dejemos de querer contraponer una a la otra. Ciencia y religión son parte de nuestro ser. Son las herramientas que Dios nos dio para nuestra existencia. No seamos tan insensatos de mutilarnos nosotros mismos.

